

UN VIAJE FANTÁSTICO

Me daba miedo partir, no el irme, sino el inicio del viaje. Me agarré de lo que pude al escuchar la cuenta decreciente: siete , seis, cinco, cuatro, tres, dos...uno. No sentí nada. Es posible que haya perdido el conocimiento.

¿Cuánto hace que quería hacer este viaje, aventurarme a este otro mundo? Creo que desde niño cuando escuchaba cantar a mi madre la que segundos después lloraba y terminaba riendo. Después fue mi maestra de primaria, era un amor, excepto ciertos días del mes en que nos regañaba, nos pegaba, se ponía roja como sandía cortada. A causa de mi primer novia fue que me decidí a viajar. Jamás la complacía en nada. Me pedía ir al campo, íbamos y decía que había moscos, hormigas, que hacía frío o calor. Íbamos a la ópera que decía le gustaba más que nada. El asiento estaba incómodo, el vecino hacía ruido, la cantante desafinaba ese día, había pulgas y ya era muy tarde para regresar. Mi familia no le gustó, en cambio la de ella a mí si me convenció. Como ustedes comprenderán terminamos nuestra relación. Tuve otras dos novias y algunas amigas, unas de cama, otras de paseo, otras de plática intelectual, una que era para ir al cine - sabía mucho de eso-, otra fue una buena compañera de museos y lugares. Ninguna parecida a la otra, unas histéricas, las otras neuróticas o depresivas, eso sí, todas envidiosas sobre todo de sus congéneres. Lucía era chismosa pero le molestaba sobremanera que hablaran de ella, Carmen era mandona pero todo lo conseguía llorando, Mariluz juraba que le encantaba la poesía, que adoraba a Paz y a Sor Juana. Lo cierto es que leía la revista telenovelas. Juana me confirmó en mi convicción de hacer el viaje. Ella trabajaba, si trabajar es ir a comer tortas en su oficina. Toda la vida estaba a dieta, ella decía que para adelgazar pero la realidad era para lo contrario. Todo el santo día comía y comía. Comía panes, tortillas, dulces, hotdogs, tacos, tortas. Se comía a sus amigas y a su mamá. Era capaz de comerse hasta una quesadilla de cucarachas si alguien se la ofrecía.

Con mi mujer y mi suegra empecé a ahorrar para el viaje que ya era indispensable. Si no lo hacía me iba a volver loco. Ya bastante me volvían mi mujer y su madre. Mi mujer jurando que era la más ahorradora del mundo y gastaba mañana,

tarde o noche. En Liverpool y en el Palacio le dieron la tarjeta de oro por ser una compradora frecuente. Mi suegra peleaba el orden, la limpieza. Llegaba a la casa con su dedo extendido para encontrar restos de polvo. Con asco tomaba mi ropa que yo dejaba en la sala o en el baño y los arrojaba en mi recámara. Un día quiso arreglar mi escritorio y mi biblioteca. No se lo permití. Fue un día tremendo. Lloraba ella, lloraba mi mujer y yo lloraba más que ellas. La primera lloraba por que sentía un insulto a su madre lo que yo había hecho y dicho, la segunda frustrada de no hacer lo que se le venía en gana y yo del coraje.

El doctor Benavides fue el que aceptó enviarme al viaje, pero, dijo, la responsabilidad era mía y si me pasaba algo él no se hacía responsable. Es más, me hizo firmar un papel en donde lo libraba de cualquier culpa. Si no mueres, me dijo, será un viaje inolvidable, un viaje fantástico.

Quince días tuve que llevar una dieta muy estricta, sólo líquidos. El doctor me inyectaba en la mañana, en la tarde y en la noche me ponía un suero con quién sabe que sustancias.

Al octavo día ya estaba yo muy delgado y pálido. Me dijo que tenía que volverme transparente. Y aumentó la dieta. Quitó ciertos líquidos como la leche y el chocolate que tanto me gusta.

A mi mujer por supuesto no le dije mis planes, menos los dije en mi oficina. Les comenté que iba a salir de viaje, a Alemania, que iba a conocer nuevas técnicas para producir fibras inalámbricas que se usarían en los carros del Metro de la ciudad. No sólo me aplaudieron sino que el jefe, interesado en esto, me dio un pago extra, claro, con la condición de que le diera la información pertinente.

El médico me citó a las siete de la mañana. Me metió a un cuarto muy blanco con dos camillas. En una estaba una mujer, una no muy vieja pero tampoco joven. Ni bonita ni fea. Ella dormía profundamente. A mí me acostó en la camilla vacía. Me preguntó que si estaba listo, que si no me arrepentía. Dije que no.

Por cierto, me dijo él, surgió un problema. Qué tipo de problema dije yo alarmado. El presupuesto que le di está equivocado, ya sabe, todo sube, desde las tortillas hasta el instrumental y sobre todo ella. Lo dijo señalando a la mujer. Me cobró lo doble de lo que habíamos quedado.

Nada importa, exclamé yo. Yo pago lo que sea. Pero ya empiece por caridad de Dios. Para mí esto no es fácil.

Me puso un suero, después me colocó unos tubos largos en la nariz, en la boca. A ella le puso lo mismo. Después nos conectó a ambos a un aparato lleno de botones, de cables, de luces, de números rojos.

Voy a contar del siete para abajo. Cuando cuente uno usted iniciará la travesía. ¿De acuerdo?

Hágalo ya, grité.

Siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos...uno.

Cuando desperté no sentí nada. Estaba en el mismo cuarto pero ya sin tubos. La mujer había desaparecido. Entró el médico, me preguntó que cómo me sentía. Le dije que no lo sabía, que era algo muy raro. Ya se irá acostumbrando, me aseguró. A continuación me mandó a mi casa.

¡Qué cambio! Nada era igual. Aunque sí, los muebles estaban en su mismo lugar, el perro corrió a saludarme. Fue al primero que rechacé, le grité dándole una patada que cómo se le ocurría saltar encima de mí, que me iba a ensuciar todo. Furioso entré a la casa. Lo primero que hice fue agarrar el periódico y ver, no las noticias internacionales o la nota roja que es lo que siempre hago, sino busqué desesperado las baratas que anunciaban ese día. ¡No puede ser! Me dije. Ahí está la vajilla que tanto he querido, y está rebajada un diez por ciento. Tengo que apurarme, no se vaya a terminar. Entré a la cocina, le grité a la muchacha que limpiara bien todo, que el día anterior no había hecho bien los baños, que no crea que no me di cuenta. También haces una sopa de pasta, pero no con tanta grasa como acostumbras. La carne ya está en el horno. Si habla Mercedes le dices que voy a llegar tarde pues fui al dentista, no, mejor no le digas nada, es una mujer tan chocante, no sé cómo me llevo con ella. Ah, ya se me estaba olvidando, no dejes de poner el detergente que te compré en el baño. Todo apesta. Oye, tráeme mis pastillas, las amarillas, ya me está empezando la migraña y yo con tanto que hacer. ¿Viste mis llaves? Las dejé aquí hace un momento. Pero muévete muchacha, no te me quedes nomás mirando. Ve a hacer lo que te dije. A ver tú, no me has dicho si alguien me habló, de seguro Mariquita tuvo que preguntar por mí. Ella siempre está atenta de mi salud. La quiero tanto. Lástima que no sea de mi clase, pero bueno...Otra cosa, si llega mi mujer le dices que hoy cenamos fuera, que no le voy a hacer la comida para sus compañeras. Qué se ha creído, que no tengo otra cosa que hacer que cocinarle a ese grupo viejas fodongas. Que les cocine su madre si es que tienen. Pero no me hagas caso, Lupe, contigo no es el pleito. Lo que pasa es que amanecí mal, tú sabes...estos días. La verdad es que estoy triste y no sé por qué, bueno sí lo sé. Es a causa de mi

mujer. Ya ves como son todas. Jamás me dice que me quiere sabiendo que a mí me hace falta que me lo diga. Se me hace que ya no me quiere y lo que es peor, no es difícil que le guste otro hombre, claro, uno más joven que yo. Las mujeres al ver que te vuelves viejo buscan a otro. ¿Has visto u oído cómo me pide que me opere de todo? Dice que con lo que adelgacé todo se me cuelga, que parezco un anciano. ¡Anciana su madre! ¿Sabes cómo sé que ya no le intereso? Eso es muy fácil. ¿Cuánto hace que no me da un buen regalo, cuánto hace que no me da más dinero? Antes me daba lo que yo pedía sin protestar, al contrario, me daba de más. Ahora me sale con que gasto mucho, que adónde está el dinero que me dio hace ocho días. Eso lo hacen los que no te quieren. Y ella ya dejó de hacerlo. Pero yo no me voy a dejar. Hablaré con su madre si es necesario y si no pediré el divorcio. Ahí si que va a tener que dar dinero. Me voy.

Entré a mi cuarto y vi que no tenía nada que ponerme para ir a la tienda. Todos mis trajes ya estaban muy vistos y ni que decir de mis zapatos. Lo único rescatable era una corbata de Dior pero no iba con nada. ¿Me pongo el traje gris? No, por supuesto que no. Todos los que me conozcan van a decir que cómo es posible que use algo tan viejo y ya tan visto. Ya sé, con el pretexto del calor que hace, que por cierto es infernal, mírenme nomás sude y sude. Bueno, con ese pretexto iré en guayabera. Sé que es muy folklórico pero se puede ver bien, sobre todo si la combino con mis jeans livais.

Ya vestido, fui a la cocina. Esta muchacha parece que no me oyó. Todavía no saca la pasta para la sopa. Antes de salir le voy a llamar la atención. No sé ni cómo la tengo, hace años debí despedirla. Si no fuera tan difícil en este tiempo conseguir otra.. Pero en fin.

Me volví loco en la tienda. Sí estaba en barata, aunque lo que me interesó no tenía descuento. Sólo la vajilla, pero ya no la voy a comprar. Habían muchas, de seguro todos nuestros amigos iban a comprar una, y eso de tener la misma en todas las casas...No, mejor encargo una a Houston. Dicen que la envían muy bien envueltas y que nada se rompe.

Al primer departamento que fui es al de electrónica, ya saben como me chiflan los aparatitos esos. Me compré un I Pod, dicen que le caben como diez mil canciones. Voy a poner toda mi colección de Luís Miguel. También me compré otro celular, el mío ya está obsoleto. El nuevo toma fotos, te puedes conectar a la compu, puedes mandar mensajes y tocar tu música. ¿ No es maravilloso? Lo cierto que yo sólo se marcar pero ya iré aprendiendo.

De ahí me fui a los trajes. Qué barbaridad, estaban carísimos. Sólo me pude comprar dos. Pero para el momento me son suficientes. Dejé apartados tres suéteres de cachemira, uno gris, uno blanco y otro verde claro. Hoy sólo tenían colores que no van con mi piel y menos con el color de mis ojos.

En el departamento de cocina me atendió una naca. No me explico como estas tiendas contratan este tipo de personal. Le llevé a que me cobrara dos charolas que compré para las ensaladas, no son de plata, esas se manchan mucho, pero si son de ese color, plateadas. ¿Y saben con lo que me salió? Que me fuera a otra caja pues ella estaba ocupada atendiendo a otro cliente. Le dije que yo era cliente frecuente, que tenía mi tarjeta dorada. Le valió. Me dijo que la esperara... ¡que la esperara yo, yo, Luís Aranda Gutiérrez! Pues que se ha creído esta patarajada. Le grité, claro que le grité. Mandé traer a la jefa del departamento. Me pidió disculpas, como debe ser, y regañó a la dependienta. Qué bueno. Qué aprendan a atender, bastante les pagan.

Me tuve que regresar a la casa pues me estaba sintiendo mal. En el camino me peleé con varios cafres que me querían pasar. Yo les eché mi camioneta encima, uno hasta se subió a la banqueta. Otros nacos. Todo el país está lleno de ellos.

Ya en mi cuarto sentí un fuerte dolor en el vientre mientras sudaba por el calor. Vi el termómetro y no lo hacía. Me puse fúrico con ganas de pegarle a todos. No es posible que me pase esto a mí, y menos hoy que tengo que recibir a los amigos de mi mujer. Así no lo voy a poder hacer. ¿Dónde están mis pastillas?

El dolor empeoró. Ahora sentí como que algo me salía por abajo. No es posible, grite, ya me está bajando otra vez...

Fue cuando corrí con el doctor. Le dije que ya no quería seguir viajando al mundo femenino, que ya no me interesaba saber por qué son así. El rió, me acostó y me inyectó.

¿Tu viaje fue inolvidable?, preguntó antes de mandarme a mi casa. Si lo fue. Tan inolvidable que por nada en el mundo lo volvería a hacer, dije yo, apretándome lo que ustedes suponen. Seguiré siendo hombre por sécula seculorum. Amén.

Tomás Urtusástegui

Enero 2007